

En Ornelas, Raúl., *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*. CDMX (México): UNAM.

Crisis civilizatoria.

Bartra, Armando.

Cita:

Bartra, Armando (2013). *Crisis civilizatoria*. En Ornelas, Raúl. *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*. CDMX (México): UNAM.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/armando.bartra/42>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pCd2/Gcq>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Crisis civilizatoria y superación del capitalismo

Raúl Ornelas
(Coordinador)
Armando Bartra
Ana Esther Ceceña
Gustavo Esteva
John Holloway



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS



Esta investigación, arbitrada por pares académicos,
se privilegia con el aval de la institución editora.

Crisis civilizatoria y superación del capitalismo / coordinador Raúl Ornelas;
[autores] Armando Bartra ... [y tres más]. – Primera edición. – UNAM,
Instituto de Investigaciones Económicas, 2013.
218 páginas; 21 cm.

Incluye bibliografías
ISBN 978-607-02-4222-9

1. Capitalismo – Aspectos sociales. 2. Infraestructura (Economía). 3. Política social. 4. Desarrollo económico – Aspectos sociales. I. Ornelas, Raúl, coordinador. II. Bartra, Armando. III. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Económicas.

330.122-scdd21

Biblioteca Nacional de México

Primera edición, 23 de abril de 2013

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Coyoacán,
04510, México, D.F.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
Circuito Mario de la Cueva s/n
Ciudad de la Investigación en Humanidades
04510, México, D.F.

ISBN: 978-607-02-4222-9

Diseño de portada: Ana Laura García Domínguez
Imagen de la portada: Lucien Lévy-Dhurmer, Méduse (detalle), 1897
Cuidado de la edición: Raúl Ornelas Bernal

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la
autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
CRISIS CIVILIZATORIA <i>Armando Bartra</i>	25
¡REVOLUCIÓN, AHORA! CONTRA Y MÁS ALLÁ DEL CAPITAL <i>John Holloway</i>	73
SUBVERTIR LA MODERNIDAD PARA <i>VIVIR BIEN</i> <i>Ana Esther Ceceña</i>	91
LA INSURRECCIÓN EN CURSO <i>Gustavo Esteva</i>	129

CRISIS CIVILIZATORIA*

*Armando Bartra***

Hace unos meses Slavoj Žižek, filósofo lacaniano, escribió que la catástrofe planetaria, la catástrofe civilizatoria, nos pone en entredicho como humanidad, pero no lo queremos creer, no lo aceptamos. Y a veces yo me siento como una suerte de profeta bíblico anunciando el fin del mundo ante un público de personas más o menos pasmadas pero a las que no acabo de convencer.

Voy a empezar con un fragmento de algo que ya publiqué [Bartra, 2009] y que quizás algunos hayan leído, pero que de todos modos es una buena manera de comenzar y no es demasiado largo para aquellos que ya tengan el texto y que tiene el tono con el que quería empezar esto: “Venid acá, oh naciones y escuchad: contaminada está la tierra por sus habitantes; por eso la maldición devorará la tierra; enteramente arruinada quedará y totalmente devastada”. Hasta ahí el profeta Isaías.

Lo que sigue ya no es el profeta Isaías sino que son consideraciones del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático, de la Agencia Internacional de Energía, del Banco Mundial:

Los hielos menguarán y crecerán las aguas, arderán los bosques y saldrán ríos de sus cauces; caerán lluvias torrenciales y

* Transcripción de la conferencia impartida el 23 de agosto de 2010 en el IIEC-UNAM, hecha por Natalia Zepeda.

** Profesor-investigador del Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

soplarán vientos huracanados [PNUMA-OMM, 2007]. Perecerán en sus guaridas el lobo gris, el águila real y la pantera nebulosa; se extinguirán el rinoceronte blanco y el rinoceronte negro; para siempre se irán el tigre y el camaleón y el chimpancé y la foca y la perdiz y el samarugo [World Wild Fund, s/f]. Se agotarán los oscuros veneros del diablo que alimentaban vuestra prisa [AIE, 2006]. Secos los ríos y manantiales, hombres y bestias abrevarán en aguas aceras, sulfurosas, amargas... hambrientos, sedientos y escarnecidos desfallecerán los pueblos [Banco Mundial, 2008]. Habrá plagas, pestes, mortandad, zozobra; los hermanos se harán la guerra por un pedazo de pan y un sorbo de agua; crecerá el éxodo doliente de los que perdieron toda esperanza [UNESCO, 2008]. Escuchad la voz de los augures, oíd, oíd la palabra de los videntes. Pronosticó Immanuel: “habrá desorden, habrá decadencia, habrá dispersión de lo que estaba unido” [Wallerstein, 1998]. Anunció Amin [2003]: “no tránsito armonioso sino desintegración es lo que nos depara el futuro”. Predijo Prigogine: “veremos caos, incertidumbre, fluctuación, desequilibrio, vienen tiempos turbios y entreverados [Prigogine y Stengers, 1983]. “Hemos perdido, hermanos, la tierra; será nuestra herencia una red de agujeros” [León Portilla, 1987].

Más allá del tono, creo que no dije nada que no esté sustentado, lamentablemente, en lo que gustamos llamar datos duros.

La humanidad enfrenta una emergencia polimorfa, pero unitaria. Una gran crisis cuyas sucesivas, paralelas o entreveradas manifestaciones conforman un periodo histórico de intensa turbulencia, una catástrofe cuyas múltiples facetas tienen, creo, el mismo origen y se retroalimentan, se entreveran; un estrangulamiento planetario que no deja títere con cabeza pero que se ensaña particularmente con los más pobres: clases más pobres, naciones más pobres, regiones más pobres. Un colapso del que Haití es emblema. Mirémonos pues en el espejo trizado de Puerto Príncipe.

Aunque multiforme, la gran crisis es una y su abordaje demanda fenomenologías críticas cuya elaboración requiere un

trabajo colectivo y que aquí me contentaré con esbozar.¹ Valga entonces para documentarla, y no llenarnos la boca hablando de la gran crisis, esta muy breve y enumerativa reseña:

Tenemos una dimensión medioambiental de la crisis. La máxima expresión del grave desorden que nos tiene en vilo como especie es el acaloramiento planetario, un cambio antropogénico que avanza más rápido de lo que previó a principios de 2007 el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), incrementa en su curso el número e intensidad de los huracanes, provoca lluvias torrenciales y sequías prolongadas, ocasiona deshielos que elevan el nivel del mar alterando dramáticamente los ecosistemas con la consecuente pérdida de vida silvestre. El saldo humano es disponibilidad decreciente de agua dulce, merma o pérdida de cosechas, incremento de plagas y enfermedades, inundaciones, incendios, hambre, éxodo (200 millones de ecorrefugiados para los próximos diez, quince años, pronosticó el director general de la UNESCO) [Matsuura, 2008]. Una creciente incertidumbre ambiental en un mundo de severas incertidumbres económicas.

Son igualmente alarmantes situaciones asociadas a esto que se han venido acumulando, sobre todo durante los últimos cien años, como la creciente deforestación, la erosión y desertificación que ocasionan la agricultura, la ganadería y la urbanización; la escasez y mala calidad del agua dulce producto de la sobreexplotación y contaminación de las fuentes; el deterioro de los mares, de la vida marina; la extinción acelerada de especies animales, vegetales y de microorganismos; el envenenamiento del aire, la tierra, los ríos y los lagos [PNUMA-OMM, 2007].

Tenemos también una dimensión energética de la crisis. La cuestión de la energía tiene cuando menos dos filos. En primer lugar, el empleo de combustibles fósiles (petróleo, gas natural, coque, carbón mineral) es enormemente contaminante y aporta todavía la mayor parte de los gases de efecto invernadero que causan el calentamiento global. Pero, en segundo lugar, los

¹ Aquí retomo parte de los argumentos expuestos en Bartra, 2010.

hidrocarburos son recursos naturales limitados cuyo agotamiento progresivo los vuelve más difíciles de extraer y por lo tanto cada vez más costosos. Quemar grandes cantidades de gasolina, de diesel, de gas y de carbón mineral es dañino porque genera gases tóxicos, pero es doblemente dañino porque estos recursos se nos terminan, se nos agotan, sin que la humanidad haya tomado provisiones, pues en condiciones de severa escasez de combustibles fósiles, la difícil, costosa y compleja transición a energías renovables y a un modelo menos consumista de energía será todavía más cuesta arriba de lo que de por sí debería ser.

Así como somos responsables de la crisis ambiental, también lo somos de la crisis energética. En los últimos veinte años hemos empleado más energía que en toda la historia de la humanidad. Según la Agencia Internacional de Energía, 84% de este consumo energético proviene de combustibles fósiles, en primer lugar, petróleo, después, carbón mineral, en tercer lugar, gas... un colosal derroche cuyo origen está en la urbanización y la industrialización descontroladas, que se apoyaron en la existencia de combustibles baratos y que hoy, cuando el petróleo escasea y aunque con alzas y bajas, en general sube de precio, definitivamente ya no son sostenibles. Sin embargo, la proyección de la Agencia Internacional de Energía para los próximos veinte años es que la dependencia respecto del petróleo, o sea de los hidrocarburos, disminuirá de una manera poco significativa: se estima una reducción de apenas 4%. Es claro que todos, todos, nos excedemos en el gasto de energía, pero es obvio también que los mayores consumidores y por tanto también los mayores contaminadores son los países ricos, las clases adineradas, mientras que los pobres, las naciones pobres, los sectores populares que consumen infinitamente menos energía, sufren más: son los primeros en ser afectados por las consecuencias negativas de este consumo excesivo.

Tenemos una dimensión alimentaria de la crisis. La escasez y la carestía de los alimentos básicos se manifestaron en México, pero fue global, desde principios de 2007. Aquí empezó un poco antes con la abrupta alza del precio del maíz, conocida como el *tortillazo*, y fenómenos semejantes se repitieron después, cuando

menos en treinta países del mundo; países que habían renunciado, diez, veinte, treinta años antes a la seguridad y soberanía alimentarias, de tal manera que su población ahora depende de la importación de alimentos.

La globalización de esta crisis ocasionó mayor empobrecimiento de los que ya eran pobres, además de hambrunas. En Haití, antes del terremoto hubo una verdadera rebelión popular cuando el precio del arroz, que es el alimento básico, prácticamente se duplicó en una semana y la gente empezó a padecer hambre; hubo muertos y heridos, la caída de un gobierno, y todo sucedió antes del terremoto, que, en ese sentido, llovió sobre mojado.

Esto fue escrito hace unos días, hace unas semanas, hace unos meses... hoy podríamos hablar no del *tortillazo*, sino del previsible *bolillazo*, porque el precio del trigo está elevándose abruptamente en todo el planeta, debido al aumento excepcional de las sequías y de las temperaturas que, de acuerdo con estudios del cambio climático [Hansen, 2006 y 2010], en mil años no habían alcanzado este nivel. En Rusia, los incendios descontrolados provocan la pérdida de cosechas de trigo en el mayor productor del planeta.

Cabe decir que en las actuales condiciones de producción y consumo alimentario y no alimentario de los granos y otros básicos, las posibilidades de mayor escasez, carestía y hambruna son reales y son crecientes. Sin embargo, si en la política alimentaria privaran los intereses de la gente y no los del agronegocio, y si los países periféricos asumieran como prioridad recuperar soberanía y seguridad en este ramo, las cosechas actuales y más aún las potenciales, podrían darle de comer sobradamente y con calidad a la humanidad entera.

Esta es una reflexión del tipo “si mi abuelita tuviera ruedas, sería bicicleta”; es decir, si el consumo no fuera lo que es, si la producción no fuera lo que es, si el capitalismo no fuera lo que es, podríamos producir lo suficiente como para todos vivir correctamente alimentados. Sin embargo, es lo que es, por lo tanto no es un asunto de buenos deseos, es un problema de estructura que nos coloca en una crisis alimentaria recurrente.

También enfrentamos una crisis migratoria. Para México esto es importante, y de manera excepcional pues somos protagonistas de este éxodo, de esta huida generalizada. La gente de los países pobres está abandonando pueblos e incluso ciudades para buscar en otras regiones, frecuentemente más allá de sus fronteras, la esperanza que se les niega en sus lugares de origen. Debido al éxodo hoy son más de 200 millones de personas (230 millones de personas, según datos más recientes) que viven fuera de su patria. La migración es un fenómeno crítico y a mediano plazo explosivo, no sólo por los padecimientos de quienes viajan, sobre todo si lo hacen sin documentos, y por el sufrimiento que acompaña la separación de las familias, sino también porque los países expulsores (México sería un caso) son sociedades jóvenes que envían al exilio económico el grupo de edad de mayor capacidad productiva. Muchos de estos transterrados mandan dinero a sus familias, pero la mayor parte de la riqueza creada por su trabajo se queda en los países de destino, mientras que las remesas pocas veces se invierten de manera productiva y por lo general se emplean en cubrir las necesidades de los familiares que quedaron atrás.

El problema más grave se presentará, por ejemplo en los casos de México, Centroamérica, varios países de Sudamérica o de África, dentro de unos veinte años cuando países como México y otros expulsores de migrantes sean sociedades donde predominen los adultos mayores quienes, en parte deberán ser sostenidos con el ahorro social generado en los años anteriores por el trabajo de los jóvenes. Pero este recurso no estará disponible, pues el esfuerzo productivo de los migrantes no cristaliza en los lugares de origen, sino en los países de destino. No es retórica: los jóvenes son la mayor riqueza de la sociedad y al ser incapaces de brindarles en su tierra un trabajo digno y un futuro por el que valga la pena luchar, en nuestros países estamos dilapidando esta riqueza que es la juventud.

Hay también una crisis política, o una dimensión política de la crisis. Estamos acostumbrados a mencionarla pero hay que documentarla. Muchas naciones padecen dictaduras represivas, los

pueblos carecen de libertades, pero aún en aquellos países donde hay elecciones, y donde impera, bien que mal, lo que llaman el Estado de Derecho, se percibe una creciente desconfianza, un creciente descreimiento en las instituciones democráticas. Un número cada vez mayor de personas está perdiendo la fe en la forma de gobierno que, aún si permite que los partidos se repartan los puestos públicos o se alternen el poder, es evidente que no resuelve los problemas graves, los problemas profundos, los problemas más sentidos. Pareciera que, salvo honrosas excepciones, todos gobiernan igual, todos desarrollan reflejos autoritarios, todos se corrompen.

Según el informe 2009 de la Corporación Latinobarómetro, que se aplicó en 18 países latinoamericanos, en el caso de los mexicanos (porque es un caso extremo, es el caso más grave de toda América Latina), se indica que en 1997, 45% de los encuestados se consideraron satisfechos o muy satisfechos por la democracia; para 2006 los que estaban satisfechos o muy satisfechos con la democracia fueron sólo 41%; y en 2009 los que manifestaron estar satisfechos o muy satisfechos con la democracia eran apenas 28 por ciento de los mexicanos. Es decir, durante los años de la tal “transición” (pónganle todas las comillas que quieran) la confianza en la democracia, que no era muy alta, perdió 17 puntos porcentuales en México. Lo peor del caso es que, ante la necesidad de elegir entre democracia o desarrollo económico sin democracia, de cada 10 sólo tres eligieron la democracia; o sea, aceptar cualquier cosa que resuelva nuestros problemas aún si esto significa dejar en el camino la democracia: esto piensa 70% de los mexicanos, para simplificar.

En la base del descreimiento en la política no sólo está el natural desencanto de quienes pusieron demasiadas esperanzas en lo que puede cambiar cuando hay transformaciones arriba, es decir, gobernando. Detrás del apoliticismo creciente hay también manipulación, véanse si no, las sistemáticas campañas de las grandes televisoras, no sólo las mexicanas, no sólo el duopolio, sino de todo el planeta y muy particularmente para nosotros de América Latina, por desacreditar la política y sus instituciones, y

en particular la política de oposición. El mensaje de los medios es: todos los partidos son iguales, todos los políticos son iguales, todos los programas son iguales, dejemos de preocuparnos por quién ocupa los cargos públicos y permitamos que en la práctica sigan gobernando los medios de comunicación asociados con la cúpula empresarial, con los poderes fácticos. Este es el discurso dominante y cae sobre un terreno abonado. En esta generalizada incredulidad hay que distinguir, creo, el desinterés y la apatía reforzados por las campañas mediáticas, un apoliticismo de derecha, que facilita que las cosas continúen igual, con el descontento razonado de quienes cuestionan no sólo las prácticas de los partidos, no sólo las prácticas de la clase política, sino también las limitaciones de la democracia representativa (la democracia no participativa sino sólo representativa) que es la que se practica en la mayoría de los Estados modernos. Una crítica de la política, de la política real, que es fundamental para el pensamiento de la izquierda.

Tenemos también una dimensión bélica de la crisis que hay que mencionar. Es cierto que no tenemos una guerra mundial, pero sí prolongadas y cruentas guerras coloniales de ocupación y resistencia en las que mueren principalmente civiles, confrontaciones bélicas motivadas por el interés de las grandes potencias mundiales (y no sólo éstas, también algunas potencias regionales, como el caso de Israel) por controlar espacios y recursos estratégicos, el petróleo, pero no sólo el petróleo. La ocupación rusa es resistida en Chechenia desde 1994, y desde ese mismo año y de otras maneras desde muchos años atrás, Israel practica un silencioso genocidio en Palestina; en nombre de combatir al talibán, desde 2001 Estados Unidos y sus aliados europeos regularmente masacran a la población civil de Afganistán y, desde 2003 en la frontera con Paquistán, Irak vive la ocupación militar por fuerzas estadounidenses que presuntamente se retirarán, pero de todas maneras quedarán los mercenarios, además de las fuerzas locales. Conflictos bélicos en forma a los que hay que agregar sangrientas confrontaciones locales y varias guerras de baja intensidad. En el arranque del tercer milenio el azote de la guerra

sigue presente y la convergencia de calamidades climáticas, alimentarias y económicas con su secuela de inestabilidad política amenaza con extenderse.

Tenemos una crisis sanitaria en la que no quisiera extenderme, sino apenas destacar una suerte de combinación perversa entre las enfermedades infecciosas, sobre todo gastrointestinales y de vías respiratorias que, aún si se vuelven pandemias al extenderse a todo el mundo, son mayormente “enfermedades de pobres” (así se las llama), frente a los padecimientos crónico degenerativos (cáncer, diabetes, enfermedades cardiovasculares) que aquejan más a las sociedades opulentas y a los sectores en alguna medida privilegiados y que podrían llamarse “enfermedades de ricos”.

Así era antes, había enfermedades de pobres y enfermedades de ricos, las infecciosas y crónico degenerativas, enfermedades de jóvenes, enfermedades de viejos, etc. Sin embargo, esto está cambiando, los malos hábitos y la alimentación basada en comida chatarra hacen que cada vez más jóvenes y niños padezcan enfermedades de la madurez, y hacen que la población de bajos recursos combine la malnutrición con la gordura, siendo afectada por las enfermedades asociadas con el sobrepeso. Así pues, los países pobres siguen siendo diezmados por enfermedades infecciosas, a la vez que los aquejan en forma creciente los costosos padecimientos crónico-degenerativos. Hay, pues, un alto riesgo de que se repitan crisis sanitarias mundiales (la gripe asiática en 1957 mató a cuatro millones de personas; la gripe de Hong Kong, entre 1968 y 1970 dejó dos millones de víctimas); ahora estas crisis sanitarias se ven agravadas por el cambio climático que propicia pandemias, y por la agricultura y la ganadería industriales que producen alimentos contaminados y de mala calidad.

Y bueno, hay que llegar a ella: existe también una dimensión económica de la crisis. Ocasionada por el derrumbe de un sistema financiero desmesurado, rapaz y especulativo, que por más de treinta años lucró a costa de la actividad productiva y sangró a los usuarios del crédito, la crisis estallada en 2008 en Estados Unidos por la *chatarrización* de las hipotecas de bienes raíces pronto se volvió una crisis mundial, se trasminó a la llamada

economía real y de ahí irrumpió en la vida de millones y millones de personas que de un día para otro vieron esfumarse su patrimonio, su empleo, sus esperanzas. En Estados Unidos se estima que en Estados Unidos por juicios hipotecarios unos diez millones de familias perdieron sus casas; por cierto, la mayor parte de los desalojados son latinos y negros pobres, ahora todavía más pobres.

De manera periódica, el sistema capitalista padece estrangulamientos económicos, debidos principalmente al desarrollo de la técnica, que desplaza obreros, y al afán de lucro de los empresarios, que los lleva a reducir la remuneración de sus trabajadores, provocando que la masa salarial se estanque o se contraiga hasta el punto en que los ingresos de las familias ya no alcanzan para absorber la totalidad de los bienes de consumo que salen al mercado. Crisis, dicen, de sobreproducción, crisis, decimos otros, de subconsumo.

Pero si los capitalistas quieren seguir acumulando riqueza necesitan realizar lo que producen, y es ahí donde el sistema financiero, sistema que se dedica a vender dinero, sale al quite ofreciendo crédito aparentemente fácil, aparentemente barato a quienes en realidad no tienen ingresos suficientes para pagarlo. En Estados Unidos, y de hecho en todo el mundo, se comercializan casas con hipoteca, coches a plazos largos y todo tipo de bienes y servicios pagados con dinero de plástico. La medida de este apalancamiento desmedido es que a finales de 2007 los bancos prestaron hasta treinta veces el monto de sus depósitos y evidentemente incurrieron en un riesgo extremo que los llevó al desastre. Lo grave de esto, que sabemos que sucede y que sucede periódicamente, es que durante estas crisis recurrentes el capital destruye masivamente su capacidad productiva. Tanto en forma de medios de producción, cuyo empleo ya no le deja utilidades, como de fuerza de trabajo dizque redundante. Así, un sistema patentemente incapaz de satisfacer las necesidades básicas de la mayoría de la población, se deshace periódicamente de su propia capacidad productiva. Destruye su capacidad productiva, a pesar de que ésta se ha mostrado incapaz de satisfacer las

necesidades de la mayoría de la población. ¿Puede haber una mayor irracionalidad que destruir bienes sobrantes, que destruir capacidad productiva sobrante, en medio de cientos, de miles de millones de pobres?

Las diversas expresiones de la gran crisis se entrelazan, no son independientes. Es claro que el descalabro petrolero influyó sobre la debacle alimentaria, los fertilizantes provienen básicamente de la petroquímica, los transportes, la agroindustria, a la vez que, tanto la crisis energética, como la alimentaria eran agudizadas por la especulación financiera, que en 2008 estallaría como crack económico. No cabe duda de que la economía capitalista está detrás de la devastación de la naturaleza y es causa mayor de la crisis ambiental que se encona con los que la economía, de por sí, ya empobreció. Es evidente que detrás de la trashumancia planetaria, del éxodo planetario, está la exclusión económica y social de un sistema que, no conforme con explotar a los que subsume, le arrebató las condiciones de ejercer productivamente su trabajo a cientos de millones de marginados. Y así se podrían enumerar otros muchos cruces.

Hablar de una gran crisis unitaria, pero con varias dimensiones, como lo he hecho, es una simplificación que no esclarece el fondo del complejo entreveramiento de estructuras y procesos que conforman la debacle múltiple, el gran nudo sistémico que necesitamos desatar si queremos seguir existiendo como sociedad. Sin embargo creo que es preferible hablar de una crisis multidimensional, de las múltiples facetas de la crisis en lugar de entrarle al nudo, al entreveramiento; y luego de tratar de descomponerla analíticamente con los instrumentos que en este momento tenemos, con las disciplinas con que contamos; es preferible esto a caer en la trampa del monólogo disciplinario. Economistas, desmenuzando su crisis financiera; biólogos y ecólogos discutiendo sobre la crisis ambiental; físicos e ingenieros enfrascados en los asegujes de la conversión energética; politólogos, sociólogos debatiendo el desfondamiento del Estado nacional; antropólogos lamentando la erosión espiritual de las comunidades rurales y así, cada quien con su crisis. Cada una de las facetas de la crisis

es alarmante por sí misma, pero todas juntas conforman una catástrofe civilizatoria inédita, un atorón histórico del que saldremos enmendando el rumbo que nos lleva al abismo o simplemente no saldremos.

Hablemos un poco más sobre la dimensión económica, no sólo porque es importantísima, sino también porque genera una fetichización del enfoque económico. El estrangulamiento económico que inicia en 2008 es una de las dimensiones del gran descalabro sistémico. Está claro que la crisis no se agota en la depresión. Para dilucidar la encrucijada histórica que enfrentamos no basta con demostrar que al reducirse relativamente el capital variable, tanto por la elevación de la composición orgánica de las inversiones como por la proclividad a minimizar los salarios, se reduce tendencialmente la tasa de ganancia, y a la vez la posibilidad de hacerla efectiva realizando el producto. Esta es una tesis vieja, afortunada, filosa y profunda de Carlos Marx. Es cierto que la contradicción económica interna del capitalismo, diagnosticada por este autor hace siglo y medio, estrangula cíclicamente el proceso de acumulación, ocasiona crisis periódicas, hasta ahora manejadas. Digamos de paso, que según los apocalípticos que sostienen la teoría del derrumbe, esta contradicción algún día provocará la debacle definitiva del sistema: el sistema, dicen, se va a derrumbar solo por sus contradicciones internas, y esta es la contradicción fundamental. Sin embargo, este pleito del capital consigo mismo es sólo la expresión entripada, la expresión económica, del antagonismo entre el gran dinero y el mundo natural social al que depreda, es una dimensión de la crisis y no es, pienso, la dimensión fundamental.

Las perturbaciones endógenas, internas, del capitalismo, fueron estudiadas de antiguo por Smith, Say, Ricardo y Stuart Mill; todos ellos pensaban que el sistema procuraría su propio equilibrio, que en el sistema estaba la enfermedad pero también la medicina, mientras que Malthus y Sismondi, aceptaban la posibilidad de trombosis, de crisis sistémicas mayores. Pero fue Marx quien sentó las bases de la teoría de las crisis económicas, al establecer que “la cuota general de plusvalía tiene necesariamente

que traducirse en una cuota general de ganancia decreciente (pues) la masa de trabajo vivo empleada disminuye constantemente en proporción a la masa de trabajo materializada” [Marx, 1965: 215].

Ahora bien, esta disminución relativa del capital variable, es decir el que va a salarios, y adicionalmente la desproporción entre las diferentes ramas de la economía que tienen que intercambiar sus productos, puede crear problemas también en el ámbito de la realización de la plusvalía a través de la venta de las mercancías, operación que según Marx [1965: 243]: “se ve limitada por la proporcionalidad de las distintas ramas de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad, capacidad de consumo (constreñida por) condiciones antagónicas de distribución que reducen el consumo de la gran masa de la sociedad al mínimo”. La primera de estas líneas de investigación, propuestas por Marx, inspiró a Tugan-Baranowski quien desarrolló la teoría de las crisis por *desproporción*, mientras que otro autor, Conrad Schmidt, investigó los problemas del *subconsumo* o de la *sobreproducción*.

Después de la gran depresión de los años treinta del siglo pasado (que ahora recordamos, porque aparentemente la crisis que enfrentamos es semejante a la de 1929 y la depresión de los treinta) llevó a economistas marxistas como Paul Baran y Paul Sweezy a plantear la tendencia creciente de los excedentes en el capitalismo y la consecuente dificultad para realizarlos. Escriben estos autores:

No hay forma de evitar la conclusión de que el capitalismo monopolista es un sistema contradictorio en sí mismo, un sistema que tiende a crear aún más excedentes, y sin embargo es incapaz de proporcionar al consumo y a la inversión las salidas necesarias para la absorción de los crecientes excedentes, y por tanto para el funcionamiento uniforme del sistema [Baran y Sweezy, 1968: 90].

Marx, sin embargo, vislumbró también algunas posibles salidas a los periódicos atolladeros en los que se mete el capital. Escribió en *El capital*: “La contradicción interna tiende a compensarse

mediante la expansión del campo externo de la producción” [Marx, 1965: 243], externo respecto del sistema capitalista. Opción que parecía evidente en tiempos de expansión colonial, como eran los de Marx, pero que, una centuria después, en plena etapa imperialista, sigue resultando una explicación sugerente y fue desarrollada por diferentes autores, teóricos del imperialismo, como Hilferding y Lenin, y con particular dureza conceptual por la polaca Rosa Luxemburgo, quien presentó la ampliación permanente del sistema sobre su periferia como una suerte de huida hacia adelante, para escapar de las crisis de subconsumo, apelando a mercados externos de carácter precapitalista. En *La acumulación de capital*, escribe Rosa Luxemburgo [1967: 280]:

El capital no puede desarrollarse sin los medios de producción y fuerzas de trabajo del planeta entero; para desplegarse sin obstáculos el movimiento de acumulación necesita de los tesoros naturales y las fuerzas de trabajo de toda la tierra, pero como éstas se encuentran, de hecho, en su gran mayoría encadenadas a formas de producción precapitalistas [...] surge aquí el impulso irresistible del capital a apoderarse de aquellos territorios y sociedades.

Esta línea de ideas sobrevivió a la circunstancia que le dio origen, a la circunstancia de la época de Rosa Luxemburgo, de Lenin o de Hilferding, en el arranque de esta fase imperialista del capitalismo, generando planteamientos como el que propone la existencia en el capitalismo de una “acumulación primitiva permanente”, término empleado por Samir Amin, a inicios de los años setenta. Me parece particularmente exitoso y es un término que fue retomado recientemente por David Harvey [2004], quien prefiere hablar de “acumulación por despojo”. Estamos hablando de la misma cuestión, la necesidad de procesos de acumulación de riqueza, de la necesidad de apelar a mecanismos, diríamos, heterodoxos, para mantener la acumulación de capital.

No menos relevante es explicar el desarrollo cíclico de la acumulación, y por lo tanto la condición recurrente de las crisis en el capitalismo, análisis que, por ejemplo, le permitió a Kondratiev

prever el descalabro de 1929, planteamiento desarrollado posteriormente por Schumpeter, entre otros y que Mandel, un economista marxista, ubica en el contexto de las llamadas ondas largas, etcétera.

Estamos en un instituto de investigación en economía y por ello abundé en una explicación de la crisis que me parece absolutamente insuficiente e insatisfactoria. Sin embargo, hay que demostrar que uno sí le entiende a la economía, porque si no parece que uno se va por la crisis ambiental o por la crisis demográfica o por la crisis social y política, porque no entiende economía. Se puede entender economía y precisamente porque la entiende, darse cuenta de que la clave de la crisis no está en la economía entendida o encerrada en sí misma.

Mucha tinta ha corrido sobre el tema de las crisis económicas del capitalismo y, creo, no es para menos, pues, algunos piensan que en la radicalidad de estas cuestiones internas reside el carácter perecedero y transitorio de un sistema que sus apologistas quisieran eterno, definitivo. Sin embargo, la irracionalidad básica del sistema no está en los problemas de acumulación que enfrenta; sus contradicciones económicas internas no son las más lacerantes, no son las más afiladas. Y si algún día el capitalismo da paso a un orden más amable, más soleado, no será por obra de sus periódicas crisis de sobreproducción, aunque éstas ayuden a hartarnos de este sistema, sino como resultado del hartazgo de sus víctimas, hartazgo que sin duda alimentan los estragos que ocasiona la recesión, pero también otros agravios sociales, ambientales, morales y espirituales, igualmente graves.

Desde 2008, la gran crisis ha sido secuestrada por la recesión económica, un escamoteo alarmante, porque identificar crisis con crisis económica es hacer a un lado evidencias de que vivimos un quiebre histórico que reclama un drástico cambio de rumbo, para encerrarnos en el debate sobre cuántos meses faltan para la recuperación y los ajustes necesarios para que se reanude la acumulación capitalista. Recuerden ustedes: pareciera que todo consiste en saber si estamos en una crisis en v o en una crisis en w , porque si es en w entonces viene otra caída y hasta después

una recuperación; si es en v , en cambio, esta recuperación ya es la definitiva. No es que no importe, nos va a ir peor si es en w que en v , pero en verdad no estamos entendiendo qué pasa si todo lo apostamos a cuándo y cómo se va a reanudar el proceso de acumulación de capital.

La recesión es una típica crisis de sobreproducción, de las que periódicamente aquejan al capitalismo, es decir es una crisis de abundancia, con respecto a la demanda efectiva, claro está. La gran crisis, en cambio, es un estrangulamiento por escasez, exactamente lo opuesto, del tipo de las hambrunas que aquejaban a la humanidad desde antes del despegue del capitalismo industrial, aunque aquellas hambrunas eran regionales y la nuestra es planetaria.

El cambio climático y el deterioro ambiental significan escasez, escasez global de recursos naturales. La crisis energética remite a la progresiva escasez de los combustibles fósiles. Las crisis alimentarias son sinónimo de escasez y carestía de granos básicos. Lo que está detrás de la disyuntiva de combustibles (biocombustibles generada por el *boom* de los agroenergéticos) es la escasez relativa de tierras y aguas por las que compite. Detrás de la exclusión económica social hay escasez de puestos de trabajo, ocasionada por el capitalismo que al condicionar la inversión a la ganancia, margina segmentos crecientes, millones y millones de personas marginadas del trabajo social.

Estos y otros aspectos, como la progresiva escasez de espacio y tiempo que padecemos en los hacinamientos urbanos, configuran una gran crisis de escasez, de las que la humanidad creyó que se iba a librar gracias al capitalismo industrial y que hoy regresan agravadas y globalizadas, porque el sistema que debía conducirnos a la abundancia, que nos prometió la abundancia, resultó no sólo injusto, sino también social y ambientalmente insostenible y ocasionó un catastrófico deterioro de los recursos indispensables para la vida. No estamos hablando entonces de una crisis de abundancia relativa respecto de la capacidad adquisitiva aunque ésta exista.

Las recesiones económicas son por lo general breves, breves en términos históricos, meses, años, un par de años, tres años, y

al desplome sigue una recuperación más o menos prolongada del crecimiento. La gran crisis en cambio supone un deterioro duradero de las condiciones naturales y sociales de la producción, un lapso en el que puede haber periodos económicos de expansión o de recesión, pero cuya superación (me refiero a la gran crisis) será lenta, pues conlleva la mudanza de estructuras profundas y de inercias ancestrales. La recesión (en tanto expresión de la crisis económica) es un estrangulamiento en el proceso de acumulación que puede describirse como erosión de capital por el propio capital y es una contradicción interna del sistema. Al contrario, la gran crisis, es un deterioro prolongado de la reproducción social, resultante de la erosión que el capitalismo ejerce sobre el hombre y sobre la naturaleza, y es una contradicción que podemos llamar externa. Las recesiones estresan de inicio al capital, porque sus saldos son el desplome de las ganancias, el desplome de los intereses, la ruina de las empresas: quiebras y destrucción de la capacidad productiva. El capital se alarma ante estas crisis. El impacto sobre el salario, sobre el empleo, sobre el patrimonio de las personas, es visto como un efecto colateral, que se corregirá cuando el capital recupere su dinamismo, cuando salga de esta enfermedad, que por el momento lo tiene postrado. La gran crisis, en cambio, es otra cosa: preocupa de arranque a las personas porque la escasez lesiona directa e inmediatamente su calidad de vida y sus posibilidades de reproducción social. Sin duda también el capital se ve afectado por la limitada disponibilidad de ciertos insumos, pero en general, y esto es una tesis que habría que ampliar, la escasez propicia el acaparamiento y la especulación de modo que, si bien en perspectiva está en riesgo la reproducción del sistema, en el corto plazo da lugar a ganancias extraordinarias: el fin del mundo, es un buen negocio, aunque se vaya a llevar entre las patas también al capital. Pero, mientras esto sucede, se pueden hacer muy buenos negocios con el fin del mundo, con la escasez que permite incrementar las rentas que incluyen las petroleras, las que tienen que ver con el agua dulce, con la tierra fértil, si no, no estarían las grandes compañías y países comprando tierras en todo el planeta. Rentas es lo que están

viendo que se va a presentar, incrementado como resultado de esta combinación de crisis.

La recesión es un tropiezo en el curso del capital que éste aprovecha para podarse, para renovarse; le hace lo que “el viento a Juárez”, algunos dirían que en las catástrofes se revigoriza. La gran crisis en cambio, es una debacle múltiple que por un tiempo puede sobrellevarse con algunos parches pero que plantea la necesidad de cambio de sistema. La recesión es coyuntural y al sumarse al desgaste del patrón de acumulación de las últimas décadas, puede transformarse en un golpe terminal al neoliberalismo. La gran crisis en cambio es de carácter estructural, es en parte responsable del desgaste del patrón de acumulación, pero constituye un emplazamiento a jubilar no sólo el modelo neoliberal, sino el sistema capitalista en cuanto tal.

No es lo mismo enfrentar una recesión, como la reciente, es decir una crisis de abundancia que enfrentar, como ahora, una crisis de sobreproducción en el contexto de una crisis de escasez. Por sí misma la recesión nos emplaza a corregir algunos problemas del modelo neoliberal, entre ellos la *vampirización* de la economía real por el sistema financiero. En cambio la recesión vista como parte de la gran crisis, es decir, la gran crisis que contiene como una de sus dimensiones la recesión, nos emplaza a darle al estrangulamiento del modelo neoliberal (que es reciente, tiene treinta años) una salida que enfrente también las contradicciones estructurales del capitalismo como sistema. La sola recesión nos conmina a buscar reformas que le permitan al sistema seguir funcionando. La recesión, en cambio, si la vemos en el marco de la gran crisis, nos empuja a buscarle salida a los problemas coyunturales mediante un marco que nos saque de manera paulatina (o radical y abrupta, en esto habrá que ver la vía) de este sistema. La recesión es breve, es chicoteante, es venenosa, y aunque resulte de una acumulación de tensiones y desequilibrios económicos más o menos prolongada, es un típico evento de la cuenta corta, de corto plazo y dura apenas meses o años. La gran crisis, en cambio, es silenciosa, persistente, caladora y su sorda devastación se prolonga por lustros, por décadas, marcados por estallidos a

veces intensos pero no definitivos que, en la perspectiva de la cuenta larga, configuran un periodo de crisis de época.

En suma, el atolladero histórico en que nos encontramos no es fugaz, no es circunstancial, no es de coyuntura, se trata de un colosal y duradero descalabro del orden global, de una catástrofe que por su magnitud exige grandes decisiones y cambios profundos.

Por una parte tenemos sin duda (y no hay que subestimarle, esto es importante, porque es lo que nos ha victimado durante las últimas décadas) una crisis del modelo neoliberal. La emergencia planetaria muestra dramáticamente la irracionalidad social y ambiental del modelo neoliberal, del perverso esquema de principios y valores, que imprimió su sello en el llamado capitalismo salvaje, rapaz, de los últimos treinta años y orientó las políticas públicas de los tecnócratas en el poder. A la luz de lo ocurrido no hay forma de seguir sosteniendo que el mejor Estado es el Estado ausente, y el descontrol del sistema financiero ya criticado por todos, incluyendo al gobierno de Estados Unidos. A estas alturas ya nadie cree que el libre comercio es la panacea de todos los males, y sólo los muy cínicos anuncian todavía que el mercado nos hará ricos, que el mercado nos hará justos, que el mercado nos hará libres, que el mercado nos hará felices.

También existe la crisis del modo de producción capitalista. Esta gran crisis también desacredita un modo capitalista de producir y de distribuir, un sistema basado en el lucro, donde lo que importa es la ganancia y no el bienestar de las personas, un sistema que en los últimos doscientos años hizo crecer la economía como nunca en la historia, pero al tiempo que producía inigualables riquezas engendraba la pobreza más ofensiva. Una pobreza humana, pero también una pobreza natural profunda que nos tiene al borde de la extinción como humanidad.

Queda por analizar otra dimensión de la gran crisis: la crisis de la sociedad urbano-industrial. La gran crisis pone en entredicho la propia civilización industrial. La aciaga carrera tecnológica y el desbocado crecimiento de la producción en un orden movido no por la generosidad sino por la codicia, nos condujeron a un mundo física, económica, social y espiritualmente inhabitable.

La pretensión de hacer tabla rasa de la diversidad natural, talando bosques, aplanando tierras, enclaustrando aguas, todo para establecer vertiginosos monocultivos; la intensión de barrer con la diversidad cultural emparejando a los hombres, transformados así en simples trabajadores y consumidores; el desarrollo de la industria a costa de la agricultura y de las ciudades en demérito del campo; todas ellas, fueron magnas transformaciones hechas en nombre de la construcción de un mundo de abundancia, de una sociedad opulenta. El resultado ha sido un mundo de escasez, tanto ambiental como económica, y una sociedad física y espiritualmente desgastada, empobrecida.

Lo profundo del atolladero en el que nos encontramos hace evidente la imposibilidad de sostener el modelo inspirador del capitalismo salvaje de las últimas décadas; el capitalismo gandalla de los últimos treinta años tiene sus días contados. Y lo están defendiendo con todo, claro, porque hay intereses detrás de ello. Pero también resulta indefendible el sistema económico (y no el modelo), el tipo de capitalismo circunstancial, que no es capaz de satisfacer las necesidades básicas de la mayoría y que de manera periódica tiene que autodestruir su capacidad productiva presuntamente sobrante y despedir a los trabajadores que, dicen, están de más.

Y cómo no poner en entredicho a la civilización industrial cuando las calamidades ambientales y energéticas dan cuenta de la sustantiva insostenibilidad del modo de producir y consumir, que poco a poco se van acabando al mundo y que hoy devoran 25% más recursos de los que la naturaleza puede reponer; tenemos un déficit en términos de “recursos” (así, entre comillas) de una cuarta parte de lo que consumimos.

El monstruoso acelerón histórico que vivió la humanidad en la pasada centuria, debió habernos puesto sobre aviso de que si no quitábamos el pie del acelerador terminaríamos enrollados en un poste. En un lapso equivalente a 0.05% de la historia de la humanidad se usó energía en incrementos de 1 600%, la economía se expandió 1 400%, el empleo de agua dulce aumentó 900%, la población se incrementó 400%, pero el saldo negativo es todavía

más pasmoso: el bióxido de carbono en la atmósfera aumentó en un terrorífico 1 300% y las emisiones industriales se dispararon nada menos que 40 000 por ciento.

Las civilizaciones y los sistemas económicos no se desvanecen de un día para otro y tanto la duración como el curso de esta gran crisis son difíciles de prever. Si bien es posible que el capitalismo supere el presente estrangulamiento económico en una *v*, o en una *w*, con sólo algunos retoques, la enfermedad sistémica que lo aqueja es definitivamente una enfermedad terminal. A la postre, el mercantilismo industrial resultó llamarada de petate: doscientos años, ¿qué son doscientos años en la historia de la humanidad? y todo indica que nos tocó vivir un fin de fiesta, un cambio de época radical, pero posiblemente prolongado en tiempos de nuestras vidas, no en términos de la historia, pues lo que está en cuestión son estructuras profundas, son relaciones sociales añejas, son comportamientos humanos de larga duración, son inercias, inercias seculares.

Calificar la gran crisis como un estrangulamiento por escasez, no como un estrangulamiento por sobreproducción, nos obliga a revisar la historia de este tipo de tropiezos, cosa que han hecho los historiadores. Con su secuela de carestía, de rebeliones, la crisis de escasez no ha dejado de ocurrir periódicamente en diferentes puntos de la periferia. En el mundo real, la escasez, el hambre, la rebelión son fenómenos recurrentes, pero los apolo-gistas de la sociedad industrial, eurocéntricos, o cuando menos en una visión metropolitana, se ufanaban de que después de 1846-1848, durante una hambruna en Europa, las emergencias agrícolas propias del viejo régimen habían quedado definitivamente atrás. Y no lo decían historiadores superficiales, sino gentes como Braudel [1994: 30], que escribió: “Parece que la industrialización ha roto, a fines del siglo XVIII y en el XIX este círculo vicioso de hambrunas recurrentes”. Admitiendo, y ahora cito a Witold Kula [1973: 530], que “no existe el temor ante las malas cosechas o las epidemias en la vida cotidiana de las sociedades alta o medianamente desarrolladas”, hay que reconocer, sin embargo, que “no deja de ser una realidad en los países

subdesarrollados”. Es decir que la modernidad no rompió realmente con el círculo vicioso del que hablaba Braudel, ni acabó con las hambrunas, sólo las escondió debajo de la alfombra, es decir, las envió a las orillas del sistema. Por su parte, Pierre Vilar [1993: 72], otro historiador, considera que “las crisis por malas cosechas son cosa del pasado en que la insuficiencia de la producción en la antigua economía se manifestaba, sobre todo por una irregularidad, por una incertidumbre”, pero establece igualmente que si bien con el desarrollo tecnológico y comercial “se superarán sin duda cierto tipo de sacudidas, otra clase de crisis aparecerá en el seno de la economía capitalista” y volverán “la incertidumbre, la irregularidad de la producción y del empleo, y del nivel de vida”.

La cuestión es que esta otra clase de crisis, propia de la sociedad industrial, se combina con la recurrencia de crisis de viejo tipo, baches históricos, que no son estrangulamientos internos de la economía, sino externos. En pocas palabras, no vivimos la época de las nuevas crisis, las crisis de sobreproducción propias de una sociedad industrial, sino que vivimos una combinación de las viejas, históricas, ancestrales crisis de escasez, combinadas con una crisis económica de sobreproducción.

Witold Kula [1973: 528] lo tenía claro: “Cuanto más aprenda a utilizar las posibilidades que le ofrece la naturaleza, cuanto más se la domine, más ha de depender el hombre de ella”. Conclusión, dice, que es aparentemente paradójica y lo lleva a especular sobre los posibles efectos venideros del moderno dominio sobre la economía natural. Estoy hablando de un historiador, no de un economista, no de un sociólogo, politólogo, que está mirando el futuro con los ojos de quien ha estudiado con precisión el pasado. Prosigue Kula: “al influir sobre un medio, el hombre, por encima de la realización de sus objetivos provoca, asimismo, una serie de efectos involuntarios; la investigación de estos efectos involuntarios es muy importante para la ciencia y muy difícil para la ciencia histórica”. Y en evidente anticipación, a mediados del siglo pasado, que es cuando escribe esto, Kula vislumbra un problema que cincuenta años después estallaría al alba del tercer milenio:

“En el curso de los actuales procesos de producción, la humanidad lanza anualmente al ambiente una cantidad de anhídrido carbónico equivalente a 1/300 partes de la cantidad total de este gas existente en la atmósfera. Esto es una cantidad desconocida en los anales geológicos de la tierra del periodo cuaternario”, “¿podemos acaso prever los efectos de este proceso, al fin de un largo periodo de tiempo?” [Kula, 1973: 529]. No pudimos preverlos y por ello estamos entrampados en una crisis de escasez, del tipo de las que en el pasado diezmaron a los pueblos agrarios y que la modernidad y sus historiadores creyeron que habíamos dejado atrás.

Braudel escribe: “Todo el drama social del hambre que domina las postrimerías del siglo puede tener su verdadera causa en la perturbación aunque ligera de las condiciones atmosféricas; acerca de este drama, no escasean las explicaciones demográficas o económicas, pero nada nos asegura que el clima no haya tenido su parte” [citado en Wallerstein, 1979: 309] y se refiere en este caso al siglo XVI en términos muy semejantes a los que podríamos emplear hoy para calificar nuestra crisis.

El clima y sus incertidumbres eran responsables mayores de las crisis en las sociedades agrícolas; en cambio en las industriales se presume que la producción depende cada vez menos de las condiciones naturales y por tanto es previsible y creciente, de modo que, según esto, las crisis del viejo régimen, las hambrunas debieron haber quedado atrás. Sin embargo a un siglo y medio de la última hambruna europea, el cambio climático nos sume de nuevo en la incertidumbre productiva, pero ahora a escala mundial. La diferencia está en que antes era el insuficiente poder de nuestra intervención en la naturaleza lo que nos impedía prever y contrarrestar los inhiestos, mientras que ahora el comportamiento errático de las condiciones naturales resulta también, y principalmente, de lo contundente, de lo poderoso, de lo torpe de nuestra intervención. Ya no es nuestra incapacidad de dominio, sino nuestra forma torpe de dominar lo que nos coloca en la inminencia de la crisis, o en la crisis.

La lección es que la mayor o menor capacidad de hacer frente a la incertidumbre que marca la relación entre el hombre y la naturaleza (incertidumbre que es ontológica, no se va a acabar: es un matrimonio, y los matrimonios no son miel sobre hojuelas, no son pacíficos: son tensos, conflictivos, con rupturas, con reencontros, así es nuestra relación con la naturaleza, un buen matrimonio con todo y sus pleitos), esta incertidumbre no depende del grado de dominio que tengamos sobre las cosas, sino de la capacidad que tengamos de establecer con ellas relaciones armónicas. No se trata de volver al estado de naturaleza, ni de dejar atrás el condicionamiento natural, ni una ni otra son opciones viables; se trata de desplegar una intervención enérgica y *poiética*, pero por contundente que sea, prudente y respetuosa. Una incidencia sutilmente retotalizadora que sin renunciar al proyecto, que sin renunciar a la libertad humana, reconozca la irreductibilidad última de la incertidumbre, la fatal recurrencia de la ignorancia, la fatal recurrencia de la escasez. Porque respetar al mundo natural como se debiera respetar al prójimo, es reconocerlo como otro, como ontológicamente ajeno, como alteridad radical, y a la vez como la residencia de nuestros posibles.

Dije hace un rato, al iniciar este catálogo de desgracias, que había un origen común. Voy a tratar de adentrarme en esto, al final de la exposición. ¿Cuál es el pecado original del capitalismo?, ¿cuándo fue que se jodió? como hubiera escrito Vargas Llosa en otros tiempos y hablando de Perú. Obsesionarse en desmenuzar analíticamente el estrangulamiento productivo cuando enfrentamos una crisis multidimensional, es una forma de dejarse llevar por la dictadura de la economía, propia del capitalismo; es una manifestación más del poder fetichista que tienen las mercancías, pero ahora disfrazada de pensamiento crítico; y es también un ejemplo de la prepotencia profesional de los economistas de miras estrechas. Espero que por acá haya de miras amplias y críticos.

No es que el análisis económico sea impropio, al contrario, es absolutamente indispensable, siempre y cuando se reconozca y se trate de un pensamiento instrumental, una reflexión

siempre útil, pero que no suple el discurso radicalmente contestatario que la magnitud de la crisis demanda. El riesgo está en que la erosión que el capital ejerce periódicamente sobre el propio capital (el capital se erosiona a sí mismo) oscurezca la devastación que éste ejerce permanentemente sobre la sociedad y sobre la naturaleza, de modo que el debate acerca de las contradicciones internas y de las crisis cíclicas del capitalismo relegue la discusión sobre las contradicciones externas y permanentes del propio sistema.

Tensiones exógenas estas últimas, verificables, en una ciencia sofisticada pero reduccionista, en una tecnología poderosa pero renca e insostenible; en el compulsivo y contaminante consumo energético; en el irracional y paralizante empleo del espacio y el tiempo en las grandes ciudades; en la corrosión de los recursos naturales y la biodiversidad, pero también de las sociedades tradicionales y sus culturas; en la creciente exclusión económica y social; en las imparable estampidas poblacionales; en las pandemias: todos ellos desastres externos a los que se añaden desastres directamente asociados con la explotación económica y del trabajo por el capital, como las abismales y crecientes diferencias nacionales y sociales, además de los ramalazos provenientes de los periódicos estrangulamientos económicos, desvalorización y destrucción de la capacidad productiva, aniquilación del ahorro y del patrimonio de las personas, etcétera.

Pero todos estos desastres no son más que manifestaciones de la irracionalidad profunda, manifestaciones del pecado original del gran dinero, expresiones de la inversión histórica, del vuelco histórico por el cual el mercado, que por milenios había sido instrumento de intercambio social, dejó de ser un medio para volverse un fin en sí mismo; de la inversión por la cual el precio de las cosas se impuso sobre su valor de uso, y por tanto la cantidad importó más que la calidad; del trascendente giro de 180 grados por el que el trabajador dejó de emplear a los medios de producción, en vez de esto fueron los medios de producción los que en adelante emplearon al trabajador, como sucede con los obreros en las fábricas, pero también con los campesinos que se

dejan seducir por el paquete tecnológico del agronegocio. Una inversión civilizatoria por la cual las cosas se montaron sobre los hombres ahora esclavizados por la publicidad y el consumismo; una gran mudanza espiritual por la que al hacerse modernas, las sociedades tradicionales que habían preservado celosamente sus raíces, rechazaron el pasado para obsesionarse con el futuro, el futuro transformado en un fetiche y de ese modo el mito de un progreso que cuanto más avanzamos más se aleja, como el horizonte, y que nos unce a la historia como los bueyes uncidos a una carreta. Tenemos que construir esta historia que conduce, por la vía de la modernidad al progreso que será el mundo de la abundancia y de la sabiduría.

El sistema capitalista es una colosal máquina codiciosa, una trituradora voraz, que devora todo lo que encuentra para devolverlo transformado en mercancía. Hace 150 años Carlos Marx hizo una crítica demoledora de este sistema. En su obra más importante, *El capital*, escribió, entre otras muchas cosas, algo que ahora nos vuelve a llamar particularmente la atención: “La producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica, socavando al mismo tiempo las dos fuentes originarias de toda riqueza: la tierra y el hombre” [Marx, 1965: 424]. Cien años después, a mediados del siglo pasado, el economista, antropólogo e historiador húngaro Karl Polanyi sostuvo, basado en Marx, que la condición destructiva del molino satánico capitalista radica, precisamente, en que su irrefrenable afán de lucro lo lleva a tratar al hombre, a la naturaleza y al dinero como si fueran valores de cambio, lo que ocasiona la devastación de las comunidades y de los ecosistemas, es decir, la destrucción de la vida, tanto la vida social como la vida puramente biológica. Dijo también que el manejo del dinero, es decir, la transformación del dinero que es un medio de pago no un producto entre otros y por ende no una mercancía como las demás (como si en efecto fuera una mercancía como las demás, comprar y vender dinero), desemboca en un mercado financiero sobredimensionado y especulativo que tiende a imponerse sobre la economía real:

El trabajo es solamente otro nombre de una actividad humana que marcha como la propia vida y no puede ser separada del resto de la vida, almacenada o movilizada; la tierra es sólo otro nombre de la naturaleza, que no es producida por el hombre; el dinero, finalmente, es simplemente un símbolo del poder adquisitivo que, por regla general no es producido en forma alguna sino que nace por medio del mecanismo de la banca o la finanza del Estado. Permitir que el mecanismo del mercado sea el único director de la suerte de los seres humanos, de su medio natural y aun del monto y uso del poder adquisitivo, terminaría en la demolición de la sociedad. Despojados de la capa protectora de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían bajo los efectos de la intemperie social. La naturaleza quedaría reducida a sus elementos, vecindades y paisajes serían manchados, los ríos emponzoñados, el poder de producir alimentos y materias primas destruido. Finalmente la administración del mercado del poder adquisitivo liquidaría periódicamente la iniciativa comercial, ya que las faltas y excesos de dinero resultarían tan desastrosos para los negocios como las inundaciones y sequías para la sociedad primitiva. Pero ninguna sociedad podría soportar los efectos de tal sistema de ficciones crudas a menos que su sustancia humana y natural así como su organización comercial fueran protegidas contra los estragos de ese molino satánico [Polanyi, 2004:112].

Es este problema, es esta inversión, esta transformación de sociedades con mercado, dice Polanyi, sociedades de mercado, diría yo, sociedades para el mercado, este enseñoramiento de las cosas sobre los hombres, de los medios de producción sobre el trabajo, del dinero sobre el valor de uso, lo que hay que revertir. La decadencia del sistema corroe y vacía de significados no sólo sus dimensiones productivas, económicas, el modo de producir, sino los conceptos y valores que lo habían sustentado. Modernidad, progreso, para nosotros, los todavía subdesarrollados, desarrollo: palabras que fueron entrañables en los siglos XIX y XX, y que convocaban apasionadas militancias, palabras que, sin embargo, hoy se ahuecan si no es que suenan irónicas.

La convergencia de calamidades materiales, de carácter productivo, ambiental, energético, migratorio, alimentario, político,

bélico, sanitario, que en el arranque del tercer milenio agravan las de por sí abismales desigualdades socio-económicas consustanciales al sistema, se transforma en una potencial crisis civilizatoria porque encuentra un terreno abonado por factores espirituales, que ya no sólo materiales: un estado de ánimo de profundo escepticismo y generalizada incredulidad, un ambiente de descreimiento en los ídolos de la modernidad, una promesa que en el fondo nos defraudó a todos: a los poseedores y a los desposeídos, a los urbanos y a los rurales, a los metropolitanos y a los periféricos, a los defensores del capitalismo y a los impulsores del socialismo; que defraudó incluso a sus opositores más radicales, las sociedades tradicionales, campesinas e indígenas, que empecinadamente la resistieron, y ahora están viendo que ese monstruo era un monstruo hueco que se desploma casi él solo.

La gran promesa de la modernidad, conducirnos a un orden que al prescindir de toda trascendencia y apelar sólo a la razón, nos haría libres, sabios, opulentos, felices, comenzó a pasar aceite desde hace un rato ya bastante largo. Por un tiempo la idea de que al desentrañar las leyes de la naturaleza y las leyes de la sociedad, el mundo podía ser definitivamente dominado fue dogma de fe en un sistema que se vanagloriaba de no rendir culto más que a la razón técnico-económico-administrativa; todo se reduce a tecnología, economía y administración. Pero la convicción no era suficiente, no bastaba con creer firmemente en que conocíamos las leyes de la naturaleza y conocíamos las leyes de la sociedad y por lo tanto podíamos dominar al mundo, hacía falta también una inclinación afectiva, hacía falta también pasión, militancia. Dice Alain Touraine [1998: 65]: “hay que querer y amar a la modernidad”, lo dice con ironía, entíendase. Y afiliarse a la modernidad era enrolarse al progreso. En palabras de Touraine [1998: 68], “creer en el progreso significa amar al futuro, a la vez ineluctable y radiante”.

Mucho antes de esta crisis, que pone en duda todo esto, ya otros nos habían alertado sobre la alienación que estaba implícita en esta idea de modernidad. La llamada Escuela de Frankfurt, formada destacadamente por Horkheimer, Adorno y Benjamin,

había desarrollado una filosa crítica del progreso. Según Adorno [2003: 30, 47], cuando el concepto de progreso “se identifica con la acumulación de habilidades y conocimientos, la humanidad existente es suplantada por la humanidad futura, la historia se transforma en una historia de salvación”, y continúa: “la fetichización del progreso fortalece el particularismo de éste, su limitación a la técnica... el progreso no es una categoría definitiva. Cabe imaginar un estado en que la categoría pierda su sentido, entonces se transformaría el progreso en la resistencia contra el perdurable peligro de la recaída. Progreso es esa resistencia en todos los grados, no en entregarse a la gradación misma”. No demasiado claro pero, si lo leemos dos veces, se entiende lo que está tratando de transmitir...

Otro de los miembros de esta escuela, Walter Benjamin, cuyo proyecto final, que no pudo culminar, era “desarrollar la crítica del progreso en Marx, el progreso definido allí por el desenvolvimiento de las fuerzas productivas” [Benjamin, 2008: 86-87], nos ofrece una fórmula que si a fines de los treinta y principios de los cuarenta del siglo pasado podía parecer un exabrupto, hoy resulta clarividente. Dice Benjamin [2008: 70], meses antes de suicidarse, “Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial, pero tal vez se trata de algo por completo diferente; tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia del género humano que viaja en ese tren”.

Fatal seductor, como lo eran las vampiras del cine, el Futuro, con mayúscula, fue fetiche tanto del progresismo burgués como del revolucionarismo proletario. Pero por diferentes vías y en distintos ritmos, los altares de la modernidad fueron paulatinamente desertados. Las élites metropolitanas que durante la segunda mitad del siglo XX vieron hacerse realidad muchas de las premisas del paraíso prometido, la sociedad opulenta, el Estado de bienestar, sin que estas premisas cumplidas fueran acompañadas por la añorada plenitud, cultivaron un posmodernismo desafiado del flujo sin sentido del mundo. Después de un efímero, corto en verdad, coqueteo con la democracia occidental, los damnificados del socialismo realmente existente se sumieron en

una desmodernidad pragmática que descrea tanto de las promesas de la sociedad sin clases, promesas que ellos vivieron en su fracaso, como las del mundo libre. Y los pueblos originarios, largo tiempo negados y largo tiempo sometidos, reivindicaron identidades de raíz premoderna. Empezaron a buscar en el pasado lo que ni el socialismo ni el capitalismo les ofrecían en el futuro.

El presente no es una crisis más en el proceso de modernización, lo que hay hoy es una crisis de la modernidad: la modernización está llena de crisis y avanza por crisis, hoy lo que está en crisis no es este proceso de modernización, hacia una nueva etapa de modernización; lo que está en crisis es el concepto mismo de modernidad. Y vamos concluyendo.

Si las personas, si las comunidades, si los grupos, si las organizaciones sociales, civiles o políticas no la reconocen y no la asumen como tal, la crisis no existe. Los desastres naturales, la escasez de recursos, la carestía de alimentos, la pérdida de empleo, las emergencias sanitarias, las guerras, el desfundamiento de los Estados nacionales, el descreimiento en la democracia, no pasan de ser eventos inevitables y simplemente sucesos, hechos que ocurren, males que fatalmente nos aquejan, si no nos enfrentamos a ellos como lo que en verdad son: como un desafío, un desafío a nuestra conciencia, un desafío a nuestra voluntad.

Y es que, es una obviedad decirlo así pero después se nos olvida: sin sujeto no hay crisis que valga. Los desórdenes que socavan al neoliberalismo, al orden capitalista, a la sociedad industrial, al imaginario de la modernidad, conformarán una crisis civilizatoria si y sólo si las víctimas asumimos el reto de convertir el magno tropezón sistémico en una encrucijada social. Los tronidos y chirridos de la máquina de vivir y el descarrilamiento de la locomotora productiva hacen preguntas, formulan grandes interrogantes. La respuesta la tenemos que dar nosotros.

Habermas nos recuerda que tanto en la medicina como en la dramaturgia clásica, de donde viene el término de crisis que hoy empleamos, la palabra se refería al “punto de inflexión de un proceso fatal”. El proceso fatal del drama, el proceso fatal de la enfermedad. Aún si en estas disciplinas, la medicina, la vieja

medicina, el viejo teatro, el concepto debutante implicaba que el curso de la enfermedad o el destino, en uno o en otro caso, se iban a imponer, la noción de crisis es inseparable de la percepción interior de quien la padece, de la existencia de un sujeto cuya voluntad de vivir, la enfermedad, cuya voluntad de ser libre, en el caso del destino, implícito en el teatro griego, se imponen:

Dentro de la orientación objetivista no se presentan los sistemas como sujetos, pero sólo éstos, los sujetos, pueden verse envueltos en crisis. Sólo cuando los miembros de la sociedad experimentan los cambios de estructura como críticos para el patrimonio sistémico y sienten amenazada su identidad social, entonces y sólo entonces, podemos hablar de crisis [Habermas, 1975: 15-18].

Y es que las crisis, si es que lo son, convocan al pensamiento crítico y a la acción contestataria. O mejor dicho, el desarreglo sistémico se vuelve crisis en la medida en que involucra la acción consciente de los sujetos protagonistas del drama histórico que son a la vez productos de la crisis y gestores de la crisis, constituidos por la crisis y constituyentes de la propia crisis, en lo que la crisis tiene de subjetividad.

En esta perspectiva la debacle ambiental, alimentaria, energética, migratoria, política, bélica, sanitaria, a la que hoy se añade la depresión económica, conforman una crisis sistémica, en tanto que han congregado ya una amplísima gama de acciones y discursos contestatarios que ven en ella, cuando menos, el fin de la fase neoliberal del capitalismo.

Pero en este diálogo de quienes dicen que este modelo de destrampamiento financiero del capital no puede continuar así, se escuchan igualmente las voces de quienes pensamos que la devastación que nos rodea resulta el pecado original del gran dinero; la conversión en mercancía de un orden humano natural que no puede reproducirse con base en la lógica de la ganancia; de quienes creemos que si para salvarse de sus propios demonios el capitalismo deja definitivamente de ser un sistema de mercado autorregulado, también deja de ser capitalismo y entonces el reto es desarrollar nuevas formas de autorregulación social; de

quienes sostenemos que lo que se desfondó en el tránsito de milenios no es sólo un mecanismo de acumulación, sino también la forma material de producir y consumir a él asociada, el sistema científico tecnológico, la visión economicista del progreso en que deriva, el sentido fatalista y unilineal de la historia que lo sostiene. Si a la postre éstas son las percepciones dominantes, entonces y no antes, nos amaneceremos con una crisis civilizatoria.

Hay dos visiones generales del recambio civilizacional al que nos orilla la gran crisis. La verdad es que no tengo una posición muy acabada al respecto. Por un lado, está la visión de quienes siguen pensando, como los socialistas de antes, que en el seno del capitalismo han madurado los elementos productivos de una nueva y más justa sociedad, que habrá de sustituirlo mediante un gran vuelco global; por otro, la de quienes vislumbran un paulatino, o quizás abrupto, proceso de deterioro y desagregación, una suerte he dicho yo, de hundimiento del *Titanic* civilizatorio al que sobrevivirán lanchones sociales dispersos (espero que haya lanchas para todos).

La primera versión, la versión socialista o altermundista de las promesas del progreso, ha sido objetada por visionarios como Samir Amin e Immanuel Wallerstein, para quienes la historia enseña que la conversión de un sistema agotado a otro sistema presuntamente contenido, en germen en el anterior, ha consistido en pasar de un orden inicuo u otro igualmente inicuo, o de un clasismo a otro clasismo; de modo, piensan ellos, que la decadencia o desintegración son más deseables que una transición controlada.

El hecho es que, mientras vemos si cambiamos de timonel o de plano hundimos el barco, en las últimas décadas proliferó en las costuras del sistema y en algunos países, un neoutopismo autogestionario hecho a mano, que busca construir y articular plurales manchones de resistencia, manchones locales, manchones regionales, manchones nacionales, manchones a veces subcontinentales: creo que el Cono Sur empieza a configurar una esperanza, a pesar de las diferencias y heterogeneidades que vive. Estrategia que tiene la posmoderna virtud de que no parte de un nuevo paradigma de aplicación presuntamente universal

sino que adopta la forma de una convergencia de múltiples praxis. Leía yo ayer a Evo Morales plantearlo en estos términos: no hay una receta para todos, no hay un camino para todos, no hay una sociedad para todos, no hay una utopía para todos (no eran sus palabras, era el espíritu de sus palabras). Esto es lo que nos enseñan los pueblos originarios, decía Evo.

En todo caso la gran crisis es un llamado a la acción. Ante lo duro, ante lo tupido de las calamidades que nos aquejan nadie puede hacerse sordo y nadie puede mirar para otro lado y decir esto no va conmigo. La gran crisis no es un tropezón más, está en riesgo la especie humana. Y en esta lucha por salir del atolladero y encontrar un rumbo nuevo que nos lleve a un mundo más habitable, un mundo más soleado, habrá avances, habrá retrocesos, pero en esta batalla no podemos darnos el lujo de perder.

* Transcripción del debate: Natalia Zepeda.

COMENTARIOS Y RESPUESTAS*

En este apartado se transcriben algunas de las respuestas a los comentarios de los participantes en la conferencia. Un primer aspecto que rescatamos de la discusión es la necesidad de recuperar la complejidad del funcionamiento del capitalismo y de pensar la transformación social dentro y fuera del capitalismo.

Ana Esther Ceceña: Hay un desafío en el que tenemos que encontrar caminos para, por un lado, poder actuar dentro del sistema y por otro lado podernos zafar del sistema para pensar distinto, que es un poco lo que Armando decía: cómo irnos hasta las orillas y desde las orillas pensar de manera diferente. Ahí podemos situar las propuestas del vivir bien, que es al mismo tiempo un trabajo o un pensamiento que surge desde las contradicciones internas, pero que está retomando una historia muy antigua, y que además está viendo un futuro muy largo, que no se restringe a las dinámicas propiamente capitalistas. Desde el capitalismo podemos hacer muchas cosas, pero si nos quedamos haciendo cosas desde el capitalismo no lo vamos a superar, lo vamos a modificar. Entonces, ¿cómo hacemos para efectivamente podernos salir de ese capitalismo, sabiendo que estamos dentro, pero pensarlo desde fuera, construir hacia afuera, construir hacia otro lado?

Aquí podemos introducir un término que me parece muy interesante, trabajado entre otros por Prigogine: la idea de la bifurcación que nos habla de la posibilidad de hacer un cambio, un desplazamiento, un dislocamiento epistemológico, un dislocamiento desde las bases desde donde estamos pensando y actuando, construyendo, pero construyendo a partir de otra perspectiva, desde otra plataforma, y eso creo que es justo lo que se está reivindicando mucho hoy en términos prácticos. No es cómo nos vamos a organizar, sino es lo que está ocurriendo en la práctica, la gente se está organizando a partir de ahí; salimos del capitalismo, lo vemos desde fuera, sea en términos históricos, sea en términos estructurales o culturales; lo vemos desde fuera y desde ahí podemos, no solamente criticarlo o criticarlo con elementos

nuevos, diferentes, sino también construir otra cosa, y no circunscribirnos a construir sólo en el interior de lo que ya tiene las pautas marcadas, y que entonces finalmente llegamos a lo mismo (que es lo que siempre se repite), y el capitalismo vuelve a recuperar lo que hacemos; no permitir que eso ocurra es también dislocarse para poder trabajar desde otra perspectiva.

Daniel Inclán: ¿Y entonces qué papel juega la lectura de la historia, es decir, como ya no es una acumulación de sucesos históricos y entonces vamos a llegar al momento del socialismo, y también recuerdo, por ejemplo, la crítica que le hacía Marx a Proudhon cuando decía que Proudhon piensa que hay cosas buenas del capitalismo y cosas malas, cuando son dos caras de la misma moneda? Es decir, no es que tiremos al niño con la bañera, porque al final tal vez esas cosas buenas del capitalismo no sean producto del capitalismo solamente; es decir, aquí hay un debate en la lectura histórica, el capitalismo no es necesariamente el productor de estas prácticas democráticas, sino que están ancladas en otros pasados históricos, como decía Armando, con estos pasados campesinos, estas participaciones o estas cosas bondadosas o rescatables de la modernidad no son necesariamente producto de la modernidad, han adquirido un matiz dentro de este desarrollo histórico. Esto obliga a una lectura informada del hecho histórico y de las multiplicidades de los desarrollos históricos que están en juego. Porque no solamente es que tengamos que tirar el capitalismo y entonces tiramos la historia de la humanidad, o cambiemos la historia de la humanidad.

Armando Bartra: Me gustó mucho lo que dijiste por un error que cometiste, del que seguramente no te percataste, ni los demás: dijiste que no hay que tirar al niño con la bañera, es con el agua sucia; lo que hay que hacer es tirar la bañera. A ver si me lo explicas: habitualmente decimos hay que tirar el agua sucia, no al niño; el problema es con la bañera, no con el niño ni con el agua sucia... el problema es que este modo de lavar niños luego hace que los niños se nos vayan por el caño, es decir algo está mal

en el modo en el que estamos lidiando con el niño y el agua. No es “salvemos al niño, tiremos el agua”, sino que algo está mal, entonces probablemente hay que mirar hacia la bañera: lo que está mal es la bañera, hay que bañar a los niños de otra manera, o hay que dejar que vivan sucios, o no sé qué hay que hacer. En todo caso, esta es la pregunta, la pregunta no es qué es lo que hay que salvar, qué es lo que hay que conservar, sino qué es lo que está mal en este mundo dual en el que no todo es negro, no todo es claro, pero esencialmente es un mundo que nos niega, creo que por ahí va.

Si el problema es, no con el niño y el agua, sino con la tina, si el problema no es únicamente con el malvado dueño de la tierra que explota con el modelo agrícola, y que ahora además lo sustituye por una máquina y lo deja desempleado en el invierno, sino que el problema es la concepción misma de “si esta máquina lo hace más rápido es mejor”; entonces el cambio no es un cambio político, no es la toma del Palacio de Invierno, no es colguemos a los zares, o expulsemos a Porfirio Díaz y ya la hicimos. Tampoco es el cambio de la propiedad, expropiemos los medios de producción; quitémosle a Somoza y a los suyos la propiedad de los medios de producción, y el sandinismo va a instaurar un nuevo orden en Nicaragua. No necesariamente. Bueno, no estuvo mal, era un hijo de puta, había que expropiarlo y había que matarlo si era posible, pero no era suficiente, porque estaba yo escuchando por ahí que fue un error, no, no fue un error, estuvo bien, pero el problema es que estos medios de producción, puestos ahora al servicio de un Estado, de un Estado sandinista, que era el que organizaba la economía, pues era finalmente una suerte de somocismo sin Somoza, como decían ellos mismos. El problema no es entonces el cambio de la propiedad, simple y llanamente. Si esto es así, si lo que hay que hacer no es cuidado con el niño, tirar el agua sucia, y volver a bañar niños, porque al rato se nos vuelve a ir el niño con el agua sucia, y hay que rediseñar la bañera, esto tarda. Es decir, estos son procesos de larga duración. Con esto no quiero decir, ah bueno, va para largo, no hay prisas. Hay prisa, claro que hay prisa; no una prisa doctrinaria (*queremos el*

socialismo ya), sino una prisa diríamos social, en el sentido de que nos urge cambiar las cosas porque si no, no va a haber futuro, porque la gente se sigue muriendo, porque la gente no puede más. Pero entendamos que se trata de iniciar un proceso de larga duración, es decir, que no vamos a acabar pronto, que no es: hagamos un esfuerzo grande, tomemos el poder, derroquemos a la burguesía, expropiemos los medios de producción, y ahora sí vamos a iniciar la verdadera historia de la humanidad. Esto no es así, no va a ser así, esto es para siempre, esto dura. En el momento en que le quitamos el ojo de encima a los sistemas, a las cosas, a los órdenes, a las instituciones, se vuelven perversos. No es posible quitarle el ojo de encima, no es posible dejar caer, decir bueno ya, el sistema funciona solo, ya creamos un orden nuevo y desalienado. En ese momento el sistema nuevo y desalienado se vuelve alienado y se opone a nosotros.

Entonces el asunto va para largo, hay que vivir en la revolución, si queremos hacer una metáfora, no hay que pensar en hacer la revolución para vivir en un orden cuyas inercias nos hacen felices, la inercia no hace feliz a nadie más que a las piedras, y no estoy muy seguro. Lo vemos en perspectiva y no era tan feo el capitalismo de antes ¿no? Hasta se nos hace bonito... o el país de antes... La idea, la visión maniquea de que todo, todo, en un sistema malo es malo; es cierto, desde el punto de vista de que juega una función dentro del sistema, pero lo otro es esta visión absolutista, esta visión catastrofista de que el sistema no sólo tiene pretensiones universalistas (es un sistema-mundo) y no sólo tiene pretensiones hegemónicas (se trata de dominarlo todo) y además es omnipresente, y pretende ser omnipotente, y por lo tanto se cuele en nuestra forma de vivir y de morir, en nuestra forma de odiar y de amar; no sólo en nuestra forma de trabajar o de consumir: todo esto no puede hacernos olvidar que el sistema no funciona si no existimos fuera de él, cuestión que plantea muy bien, por cierto, Karl Polanyi.

El capitalismo es un sistema que se lo traga todo, pero el capitalismo es un sistema que genera la resistencia del capitalismo; no es la resistencia de quienes están fuera y quieren seguir

estando fuera, es la resistencia de quienes se reconstruyen a sí mismos como enemigos del capitalismo, es decir el capitalismo construye también a quienes están fuera, porque no es lo mismo estar fuera de un sistema feudal, resistiéndolo yéndote al bosque –como Robin Hood–, huir al bosque, salir del sistema feudal; nosotros podemos tratar de salir haciendo economía solidaria, o una revolución descolonizadora y comunalista... la boliviana. Pero el capitalismo de todos modos es nuestro referente, nos construye, somos, por referencia, el sistema; pero somos siempre en exterioridad respecto del sistema, el día que no haya esta exterioridad el sistema se extingue; es decir, la vitalidad del sistema depende del trabajo vivo, la vitalidad del sistema depende de la riqueza natural –riqueza entre comillas, riqueza para nosotros, o la riqueza económica para el capital. Sin naturaleza, sin sociedad, sin naturaleza-sociedad, el capitalismo fenece, porque el trabajo vivo necesita fermentar al trabajo muerto, porque no hay posibilidad de acumulación sin trabajador, sin trabajador y sin recursos naturales. Si esto es así estamos fuera, no porque nos guste, sino porque el sistema necesita esta exterioridad, y la reconstruye; y además porque necesita un lugar donde tirar la basura, y a los sobrantes, también por eso. Hay que aprovechar esta exterioridad relativa, porque en esta exterioridad está (y repito, no es estar al margen del sistema, es estar en contra; fuera y en contra de él) en esta exterioridad relativa está la energía que nos permite pensar en un futuro distinto del que el sistema nos impone.

Una segunda reflexión versó sobre el neoluddismo, categoría propuesta por Bartra para nombrar la crítica radical del modo de producción capitalista.

Armando Bartra: ¿Por qué neoludditas? Por qué volver al luddismo como un movimiento histórico en los orígenes de la industrialización capitalista, básicamente en Inglaterra, aunque se extendió y tuvo su expresión rural en los seguidores del también legendario Capitán Swing, que era la confrontación de los tra-

bajadores asociados al mundo feudal de los gremios y de la artesanía, donde, dentro del agua sucia del mundo feudal había todavía una cierta valoración del trabajo, el trabajo como creador de riqueza, tanto del artesano como del propio campesino. Luego llegaba el sistema encarnado bajo cualquiera de sus modalidades y les arrebatava el producto de su trabajo, y había unos que vivían bien y otros que vivían mal, pero esta relación del trabajador con su propio trabajo era algo que lo enorgullecía, era una relación que estaba dentro de la lógica del artesano. La ruptura que ahí se presenta es la inversión: “ahora tú trabajas para la máquina, no usas el instrumento, sino que el instrumento vuelto máquina te usa a ti”. A esta inversión, los ludditas respondían “no, hay que confrontarla”. Y decían cosas tan bárbaras como “el mal no está en el dueño de la máquina, el mal está en la máquina”; es decir, el problema no es el agua sucia, el problema es la bañera.

Yo creo que por ahí va, necesitamos mirar, en este orden que nos niega, que nos aliena, que nos quiere destruir, los elementos de la alienación, estos elementos de la negación del hombre, que no fueron tan atendidos, porque fueron vistos como resistencias reaccionarias. Cuando se dice que los ludditas eran reaccionarios, o que los seguidores del también legendario Capitán Swing eran reaccionarios, lo que se está diciendo es que la tecnología nos hará libres... hay que esperarse un poquito... creo que ese era el engaño: el problema está, insisto, en la bañera, hay que repensar la bañera, necesitamos algún tipo de bañera ¿no?, y hay que repensar la bañera... los ludditas, al menos, identificaban claramente al enemigo. En algunos casos –me voy sobre el lado de los campesinos, porque soy fan de los campesinos, incluso de los históricos– los seguidores de Swing destruían trilladoras, no cualquier tipo de máquinas, sino en este caso trilladoras, y las trilladoras representaban la muerte por hambre en la peor temporada del año, que era la temporada del invierno, en la que lo que había era la actividad de trillar, y cuando la actividad de trillar la hacía una máquina, entonces los trabajadores, que eran

contratados para trillar, quedaban desempleados y en la banca. ¿En la banca y a morir de hambre? No estrictamente: a vivir de la miseria que eran las leyes de pobres, una limosna. Y estos decían “no, hay que acabar con las trilladoras, porque las trilladoras nos condenan al hambre, nos condenan al frío, a la miseria durante el invierno; nosotros trabajábamos trillando y ahora ya no hay empleo para nosotros: hay que acabar con las trilladoras”.

Algún tecnócrata progresista o reaccionario podría decir que no, que las trilladoras eran un avance en la tecnología. Pero tan no lo eran que durante un largo periodo desaparecieron las trilladoras; es decir, ganaron los seguidores de Swing, porque las trilladoras sustituían mano de obra durante una temporada del año en que esa mano de obra no tenía otra cosa que hacer, y si tenían la capacidad de trillar disponible, no, necesitaban, no era racional desde el punto de vista de la economía social, de una economía de tiempo, crear un artilugio mecánico que tenía costos, para que hiciera lo que podían hacer los trabajadores que no tenían otra cosa que hacer. Es decir, nos podíamos comprar un equipamiento para hacer menos gravosa nuestra labor doméstica y sentarnos a ver cómo nuestra labor doméstica sucede enfrente de nosotros desarrollada por una máquina. La tecnología, en ese caso, era evidente que no estaba ahorrando trabajo social, lo que estaba provocando era desempleo. Una de dos, se le pagaba a los señores un salario digno para que se rascaran la barriga y entonces lo hacías con la máquina y no se habrían enojado demasiado; o, finalmente, aprovechabas lo que tenías, que era un tiempo de trabajo. No sé si a alguno de ustedes le da por leer al señor Julio Boltvitnik, a mí sí me da por leerlo, porque él trata mis asuntos. Escribe en *La Jornada*, una columna que se llama *Economía moral*, y últimamente está hablando de por qué a los campesinos los explotan, y dice que los explotan porque no les están pagando el tiempo en que no trabajan... ¿Qué tiene qué ver Julio Boltvitnik con la pregunta provocadora acerca de los neoludditas? Lo que él está diciendo es que los campesinos no pueden exigirle al sistema que los retribuya por el tiempo en el que la labor anual no les exige que se desempeñen como trabajadores, entonces te pagan

el tiempo de trabajo necesario, no te pagan el tiempo de trabajo no empleado. No importa demasiado si tiene o no razón, lo que importa es que está destacando un hecho que desde entonces era bastante evidente: si el proceso de trabajo, la actividad agropecuaria no son continuos, entonces habrá lapsos muertos o no los habrá dependiendo de cómo organicemos el uso de nuestros recursos, naturaleza y trabajo y mecanizar no siempre es una ventaja. Esta es la hipótesis que sostenía la gente que seguía a Swing, que es la hipótesis de los seguidores del legendario, del inventado General Ned Ludd, y han sido calificados de reaccionarios porque se oponían al desarrollo de las fuerzas productivas. Bueno, no se oponían al desarrollo de las fuerzas productivas, se oponían a la desvalorización del hombre en nombre de las fuerzas productivas, se oponían a la inversión. Marx en algún momento reconoce esto, los luddistas eran quienes identificaban el mal en donde estaba, es decir, impreso en la materialidad misma del proceso productivo, y no sólo en las relaciones económicas y de propiedad.

La discusión con Armando Bartra también abordó la cuestión de los actores: ¿qué hacer?, ¿cómo hacerlo?, ¿quiénes pueden hacer algo? Si la crisis es multidimensional, la respuesta también debe serlo, comentó uno de los asistentes, ¿sigue siendo válido el concepto de clase para responder estas preguntas?, ¿cuál es el papel de los trabajadores? Estas fueron las respuestas de Armando.

Armando Bartra: La crisis del modo de producción capitalista. La actual no es una crisis coyuntural, sino una crisis del modo de producción capitalista. Es una crisis de la idea de que la historia es una sucesión de modos de producción y que ahora vivimos el capitalista al cual sigue otro, el socialista por ejemplo. Claro que está en crisis el modo de producción capitalista, pero también está en crisis el concepto mismo de la historia como sucesión de modos de producción y ahora vivimos el capitalista que contiene en su seno en germen el socialista, que lo sustituirá después. Este esquema, que nos sirvió para ser revolucionarios

durante un rato más o menos largo, hoy hay que repensarlo (no es que haya que tirarlo por la borda, simplemente hay que repensarlo) porque, en efecto, el problema es situarnos en un nivel más profundo o más complejo que el del modo de producción capitalista. El capitalismo es tan cabrón, que nos ha convencido de que todas las etapas de la historia son como él, o sea, un modo de producir sobre el cual se construyen modos de relacionarse, modos de pensar, modos de convivir, modos de soñar, modos de morir. Es decir, el capitalismo nos ha convencido de que toda sociedad es un modo de producción por encima del cual hay superestructuras ideológicas, políticas, económicas, etcétera.

Pero la única sociedad que es esencialmente un modo de producción es el capitalismo. Si miramos hacia atrás desde la lógica del capitalismo lo que vamos a ver son modos de producción, pero porque tenemos la óptica del capitalismo. Si hacemos como nos dice Marx, que introdujo también esta idea de analizar la historia como la “historia de los modos de producción sucesivos”, lo que él decía es: desde el esqueleto del hombre podemos comprender el esqueleto del mono. Sí, naturalmente, si las sociedades anteriores las vemos desde la perspectiva de la sociedad capitalista se nos aparecen como modos de producción, como economías. Pero las sociedades anteriores no eran economías, las sociedades anteriores eran eso, sociedades en donde había una dimensión que tenía que ver con la producción de bienes y la distribución de bienes, que nosotros llamamos economía, y que en el capitalismo se autonomizó, y se volvió un monstruo que se mueve por sí mismo; el capitalismo es un modo de producción y todo lo demás cuelga de este modo de producción que es un modo de producción de ganancias, es un modo de acumulación de capital. Así, no tenemos por qué pensar las sociedades anteriores ni posteriores como modos de producción; habrá economía en ellas (lo que nosotros llamamos economía) claro que habrá, habrá producción, habrá consumo, habrá intercambio, habrá relación con la naturaleza en el sentido del aprovechamiento de lo que se nos presenta como recursos naturales, que en realidad es

nuestro cuerpo inorgánico. Pero esto no podemos verlo como modos de producción, hay una fetichización de lo económico y la dimensión económica que nos hace ver la historia entera como una sucesión de economías distintas. Y la historia entera es eso, sí, también, puede verse así, no es impertinente, además estas economías sucesivas presentan una cierta racionalidad interna. Pero éste no es el sentido de la historia, porque entonces sucede que lo que estaremos esperando es que el próximo modo de producción, que como debemos haber entendido, está contenido en el seno del viejo, emerja, y la sociedad dé a luz al socialismo, y entonces todos seamos felices finalmente porque es el modo de producción superior y el principio de la verdad de la historia de la humanidad. Esta visión creo que se nos está derrumbando –por fortuna– y necesitamos construir una nueva: la crisis del modo de producción es una forma de decir que estamos en una crisis de este modo de producir pero que es también una crisis civilizatoria, y una civilización no es sólo un modo de producir, sino mucho más que esto.

¿Qué se puede hacer y quiénes lo harán? esas son las grandes preguntas. ¿Quiénes lo harán? La pregunta es ¿qué es lo que está en crisis? Porque depende de cómo veamos la crisis, digamos, de cómo vivamos la crisis y cómo ordenemos nuestras ideas acerca de la crisis, cada quien en su modo, y en su estilo, y con su manejo de conceptos. Entonces quizás tengamos la respuesta de lo que vamos a hacer. Si esta es una crisis del modo de producción capitalista como la forma superior en donde la concentración de la producción industrial en el corazón del sistema hace que el proletariado, que es la clase, etc., entonces las clases sociales y el proletariado, como la clase social por excelencia subversiva y revolucionaria, nos va a conducir fuera del atolladero; si el diagnóstico es otro entonces quizás el proletariado no aparezca revestido de ese destino manifiesto tan fatal que le asignamos al pobrecito, y que pues no sabe exactamente qué es lo que debe hacer para estar a la altura de los pronósticos. Tú no dijiste, proletariado, hablaste de los trabajadores, que es un concepto bastante más amplio, creo que, en efecto, por ahí hay que seguir buscando las respuestas.

La pregunta es, la pregunta por el sujeto, estamos usando una palabra más vaga, que clases. Yo creo que el problema con la pregunta por el sujeto es decir: sujeto somos todos, sujeto eres tú, sujeto soy yo, sujeto es este grupo, salimos aquí a la calle y los que nos subimos al microbús somos un sujeto, y todos son sujetos, todos son sujetos del mismo calibre, todos son sujetos de la misma validez, los sujetos mejores son los sujetos locales, con nombre y apellido, con rostro, cara, moñitos en el pelo. No: hay grandes sujetos, hay sujetos de gran calado, hay sujetos históricos, hay sujetos globales; si es que el sistema es global habrá que construir sujetos globales si no existieran, y estos quizá son parecidos a lo que llamábamos antes clases, clases de un sistema global, de un sistema-mundo, que eran por lo tanto clases-mundo.

Yo creo que hay que empezar a mirar en esa dirección, a pensar en sujetos que son sujetos locales, claro, que son sujetos con nombre y apellido también, no desaparece este elemento de concreción, pero este elemento de concreción se vuelve completamente abstracto, se vuelve en realidad una falsa concreción si no pensamos en sujetos mucho más amplios, mucho más trascendentes, que sean capaces de enfrentar el tamaño de la cosas. Volvemos a los viejos conceptos de clase social: una clase social no es una suma de personas en contigüidad, una clase social es una experiencia colectiva, es un proyecto, es una cultura compartida, es un proceso organizativo en curso.

Yo sí creo que hay que pensar en clases sociales, pero tú fuiste más lejos y dices bueno, sí, pero estamos en México, qué onda con México, con el proyecto de país. Tomando esta parte del reto, un problema es que la crisis global la podemos y la debemos pensar desde México, y yo desde San Andrés Totoltepec, porque ahí vivo, cada quien desde donde pueda. Pero no la podemos pensar sólo desde ahí, porque si la pensamos desde ahí, entonces se nos limita mucho la perspectiva. Trato de explicarme: México fue hace cien años la vanguardia iluminada del continente, estábamos haciendo revoluciones: la primera del siglo, porque la segunda fue la rusa, la primera fue la nuestra; estábamos iniciando procesos de reforma agraria; estábamos

colocando a los campesinos como eje de una transformación que pasaba por el concepto de tierra y libertad, hoy dirían tierra y territorio; territorio y libertad, si fueran neozapatistas. Pocos años después estábamos haciendo reformas energéticas y recuperando la propiedad de la nación sobre los recursos energéticos y sobre la industria y construyendo una industria petrolera como Pemex, que en ese momento no aparecía tan dramáticamente contaminante como ahora es; estábamos poniendo el ejemplo de un Estado social, o cuando menos de un Estado que asumía responsabilidades educativas, responsabilidades de salud; éramos la vanguardia de este maldito continente, y hoy somos coleros, zagueros, somos vergonzosamente atrasados respecto a lo que está pasando en el resto del continente, por lo que necesitamos mirar en otra dirección. Hoy no somos la inspiración del futuro, sino que hay otros sitios en donde están pasando cosas que pueden ser musas societarias, si es que las hay, que inspiren nuestro discurso social. Entonces la pregunta de qué nos queda por hacer en México es quizás una pregunta de poca ambición. Si acabáramos con el duopolio, no el televisivo, aunque también (el Partido Acción Nacional [PAN] y el Partido revolucionario Institucional [PRI]) y el televisivo, e iniciáramos un verdadero proceso de reformas y transformaciones modestas, etc., etc., en términos de un programa mínimo, quizá ya sería bueno para la situación en la que está el país, pero creo que hay que ver lo que está pasando en el Cono Sur, donde están planteando visiones ya mucho más estratégicas porque han avanzado mucho más en la conformación de sujetos...

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor [2003], *Consignas*, Buenos Aires-Madrid, Amorrortu Editores, 180 págs.
- Agencia Internacional de Energía (AIE) [2006], *World Energy Outlook*, París, AIE-OCDE, 600 pp.
- Amin, Samir [2003], *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano*, Argentina, Paidós, 296 pp.
- Banco Mundial [2008], *World Development Report*, Washington, Banco Mundial, 386 pp.
- Baran, Paul y Paul Sweezy [1968], *El capital monopolista*, México, Siglo XXI Editores, 320 pp.
- Bartra, Armando [2009], “Fuego nuevo. Paradigmas de respuesta para el fin de un ciclo histórico”, *Veredas*, México, UAM Xochimilco, (18):7-37, primer semestre, año 10, <http://148.206.107.10/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=5899&archivo=12-396-5899hcl.pdf&titulo=Fuego%20nuevo:%20paradigmas%20de%20respuesta%20para%20el%20fin%20de%20un%20ciclo%20hist%F3rico>.
- [2010], “Tiempos turbulentos”, *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, México, UAM Xochimilco, (63):91-119, mayo-agosto, año 23, <http://argumentos.xoc.uam.mx/busqueda.php?indice=AUTOR&terminos=Bartra,%20Armando&pagina=1&indice_resultados=0>.
- Benjamin, Walter [2008], *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, Itaca-UACM, 118 pp.
- Braudel, Fernand [1994], *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, México, REI, 496 pp.
- Habermas, Jürgen [1975], *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 177 pp.
- Hansen, James, *et al.* [2010], “Global surface temperature change”, *Reviews of Geophysics*, Estados Unidos, (48, RG4004):1-29.
- Hansen, James, *et al.* [2006], “Global temperature change”, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, Estados Unidos, (103): 14288-14293.

- Harvey, David [2004], “El nuevo imperialismo; acumulación por desposesión”, *Socialist Register*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (40):99-130.
- Kula, Witold [1973], *Problemas y métodos de la historia económica*, España, Península, 734 pp.
- León-Portilla, Miguel (comp.) [1987], *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, México, UNAM, 240 pp.
- Luxemburgo, Rosa [1967], *La acumulación de capital*, México, Grijalbo, 454 pp.
- Marx, Karl [1965], *El capital. Crítica de la economía política*, Tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica, 769 pp.
- Matsuura, Koichiro [2008], “¿Puede salvarse la humanidad?”, *La Jornada*, México, 9 de febrero.
- Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y Organización Meteorológica Mundial (PNUMA-OMM) [2007], *Informe del Grupo Intergubernamental sobre Cambio Climático*, IPCC, Ginebra, 104 pp.
- Prigogine, Ilya e Isabelle Stengers [2002], *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, España, Alianza Editorial, 359 pp.
- Touraine, Alain [1998], *Crítica de la modernidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 391 pp.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [2008], *Evaluación internacional de las ciencias y tecnologías agrícolas*, París, UNESCO, 606 pp.
- Vilar, Pierre [1993], *Crecimiento y desarrollo*, España, Agostini, 422 pp.
- Wallerstein, Immanuel [1979], *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI Editores, 592 pp.
- [1998], *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI Editores, 320 pp.
- World Wilde Fund [s/f], *Convención sobre el Comercio Internacional de Fauna y Flora Silvestres en Peligro de Extinción*.